



P-3987

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS

No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 11 DE ENERO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DIA.

En el teatro político se ha verificado una mutación á la vista, y ha cambiado la decoración.

Por si nuestros suscritores llaman al autor á la escena, damos hoy su retrato, que está muy parecido, por cierto, y tan bien hecho como todos los que publica *La Ilustracion española y americana*, de la que procede dicho grabado.

Los revolucionarios de Setiembre han vuelto á apoderarse del poder.

En estas circunstancias no debo hacer apreciaciones, ni consideraciones, ni exclamaciones, ni reflexiones, ni genuflexiones, ni contorsiones.

Las garantías están suspendidas, y parece que se empleará el sistema del rigor. Y yo no quiero que me supriman ni me den más disgustos de los que ya me han dado los políticos.

Solo deseo que sea para bien.

Pero si Vds. creían que me iba á entusiasmar, se han equivocado. Yo no me entusiasmo ya por nada en este mundo. Soy ya filósofo pero no alemán y krausista como Salmeron; soy filósofo aburrido, infeliz y escamado, un filósofo de la escuela de D. Baldo-

mero. A los piés de las señoras y á la órden de los caballeros. Que no haya novedad. Expresiones en casa, y á vivir.

EL GRAN PROBLEMA.

Suele ofrecer la lectura de *La Correspondencia* raras é inesperadas compensaciones, que sostienen su interés y conservan su importancia. Junto á la noticia de un entierro, la de un bautizo; junto á una cesantía, un nombramiento; junto á la quiebra de un banquero, el reclamo de un ortopédico constructor de bragueros. El estreno del tenor y la lectura del drama para una clase de lectores; el quiebro del torero para otra; la estadística fúnebre, la criminal y la política, para los que tienen el mal gusto de apasionarse con ellas.

Pero donde *La Correspondencia* merece un estudio detenido es en su cuarta plana, en esa plana, que redacta la codicia pública, á razon de dos ó tres reales la línea. Lucen en ella las mayores contradicciones, y no es raro ver á dos comerciantes sosteniendo con igual derecho la primacía de sus establecimientos, llenándose de improperios y recomendando al público que no se equivoque, que los legítimos percales se venden en el núm. 100 y no en el 101 de la calle de la Pingarrona ó de Salsipuedes.

No es hoy mi objeto hacer un estudio de dicha plana, sino entresacar de ella un solo anuncio.

Cuando en el cuerpo del periódico viene hablándose del extraordinario número de cadáveres que atestiguan la benignidad de nuestras discordias civiles, y se enumera la cantidad y clase de muertos en Cuba, en las provincias del Norte, en Cartagena, en Zaragoza, en Valladolid, en Barcelona y en tantos otros puntos, consuela el ánimo y le fortalece el leer en el número del periódico noticiario, correspondiente al día 5:

«Emilio García Montes publicará una obrita para resucitar á los muertos. Habita, Leganitos, 5.»

Hé aquí al Sr. García Montes, desconocido ayer y presentándose hoy con dos líneas como inmejorable credencial para penetrar en el templo de la fama.

Porque, no hay que dudarlo, la casa del Sr. García Montes va á convertirse en un jubileo.

En primer término acudiré al ministerio, y diré por conducto del Sr. García Ruiz:

—En virtud de las facultades que me corresponden es la fórmula del día,—vengo en disponer que acelere V. la impresion de su obrita. Nuestro ejército es poco numeroso para luchar en todo el territorio contra sus diferentes enemigos; las reservas dan muy poco de sí, y lo que especialmente necesitamos es soldados veteranos y no quintos. Preciso es, pues, que nos resucite V. á todos los soldados españoles muertos desde la guerra de sucesion hasta la fecha. ¡Ah! Tampoco estará de más que, para mandar dichas fuerzas, haga V. que resucite el Gran Capitan, aun cuando para ello tenga que ofrecerle el grado de comandante.

EL GENERAL PAVIA.



se murió de un berrinche que logré darle. Si ahora resucita, querrá vengarse de mí.

—Mi suegra era una santa, dirá otro, y sin duda debe estar en el cielo. ¿No le parece á V. bien que la dejemos allí? Por otra parte, yo estoy ahora cesante y no podría pagar el fabuloso número de medias tostadas que acostumbraba comerse...

—Usted verá lo que hace, dirá otro marido menos pacífico; pero tenga en cuenta que cuantas veces vuelva á resucitar mi suegra, volveré á tirarla por el balcon, aguardando para ello á que V. pase por debajo.

—¡Turbar la paz de nuestro matrimonio!

—¡A la vejez suegras!

—¡Pues no faltaba más!

Ya ve V., Sr. García, los peligros en que va á ponerle su libro.

Esto sin contar con que le hará incurrir en el enojo de todos los que hayan heredado y en el furor de todos los asesinos.

—Si resucita el general Prim—dirá más de una persona,—concluirá su vida el Sr. García.

Y hé aquí de como, mientras el novel autor prepara su librito, para darle á la estampa, se afilan acaso entre la sombra centenares de navajas de Albacete, amenazando la integridad de su piel.

¿Y qué va á ser del Erario, si se resucitan todas las clases pasivas?

¿Dónde va á meterse tanta gente?

¿Con qué subsistencias cuenta España para la nueva invasion?

Yo comprendo, en materia de muertos, hasta que se levanten junto á un tapete.

Que tengan vida ficticia mientras votan á un candidato ministerial á la diputacion á Cortes; pero que no consentan en volver á vivir indefinidamente.

Esto, fuera de que la pretension del Sr. García Montes me parece poco ortodoxa, por adelantarse al día del juicio y ensanchar con exceso el valle de Josaphat.

Afortunadamente no tenemos hoy el Tribunal del Santo Oficio, que habia de causarle más de un disgustillo al resucitador de la calle de Leganitos, anunciado en *La Correspondencia de España*.

Nosotros nos apresuramos á felicitarle por su invencion; pero no le trataremos de robar el procedimiento. Allá se las compongan el señor García y el cólera Morbo, términos antitéticos desde hoy y predestinados á hacerse cruda guerra.

¿Quién vencerá?

¿La enfermedad que mata ó el anunciante que resucita?

Hé aquí lo que todavía no podemos decir, aun cuando nos lo figuremos.

Sería una crueldad privar de suscritores al nuevo libro.

DIÁLOGOS DE ACTUALIDAD.

—Adios, mujer, ya no te saludas con nadie.

—No te habia visto, mujer, porque está una con estas cosas que no sabe una lo que le pasa.

—¿Y tu hombre?

—Pues por eso lo digo; porque no le veo desde el día 3, y me estoy temiendo que *haga* ido á armarla á alguna parte.

—¿Y has entregado el fasil?

—¿Yo? Lo que es eso... Entre los colchones lo tengo escondido para cuando venga mi hombre.

—Hija, lo que debes hacer es romper con ese hombre que te va á comprometer.

—Aunque parece.... Ahora le quiero yo más que nunca, y ya se me han olvidado las perrás que me ha hecho. Pues si soy yo ahora más federala...

—Pues hija, yo me he hecho unitaria, y le voy á

Y apenas se haya visto libre de la visita oficial el Sr. D. Emilio García Montes, verá llegar con paso de Otelo, á un conocio carlista, que le dirá misteriosamente:

—En el puerto de Guadarrama acaba de anclar una fragata con 3.000 fusiles del sistema Remington. El cabecilla *Exterminio* (a) *Pelos de cofre*, se encargó de colocarlos; pero ahora parece que no hay bastante número de partidarios de la santa causa. Por esto recorro á V. para que tenga la bondad de resucitar 3.000 carlistas, que nos hacen más falta que el comer, y yo me comprometo á conseguir del Rey nuestro señor que le nombre á V. resucitador de Cámara.

Y el Sr. García Montes se verá nuevamente interrumpido por una comision de casados, nombrada en Junta general celebrada en la plaza de Afigidos, para que su benéfica invencion tenga algunas excepciones.

—Señor, exclamará uno, ¡toda mi fortuna por que no resucite mi suegra!

—¡Y la mía! contestará otro.

—¡Y la mía!

—¡Y la mía!

—Mire V. que me pierde, dirá el primero. Mi suegra

decir que si esta noche á uno de los *desarmaos* de la Plaza de Toros. Figúrate tú que le van á hacer de consumos... Con que no te digo más.

—Buen provecho, hija; tú eres de las que se arriman al sol que más calienta...

—Hija, las señoras, ¿á qué estamos?



—Jesús, mamá, ¡qué fastidio!

—Esto es aburrido.

—Pero ¿de qué os quejais, niñas?

—¡Toma! que creíamos que habria hoy precauciones.

—Debía haber precauciones todos los dias, y estar la tropa en las calles.

—El día 3 sí que estaba bien Madrid. Los artilleros tan guapos cerca de las piezas, y mirándonos con unos ojos, que nos decían tantas cosas...

—¡Jesús! pues á mí me dá mucho miedo la tropa.

—Mamá, á tí sí; pero á nosotras no.

—Al contrario.

—¡Válgame Dios! pasé yo más sustos ese día viendo los cañones en la calle.

—Porque tú mirabas los cañones, y nosotras á los oficiales.

—Aquel comandante rubio que me miraba á mí...

—Y el capitán moreno que me dijo:—Señorita, por usted sí que me pronuncio yo ahora mismo...

—¡Qué fastidio!.. las calles sin artillería están muy tristes.

—Hijas, pues vamos al cuartel de San Gil, y nos pasearemos por delante de las piezas hasta que se enamoren de vosotras todos los artilleros. (¡Jesús que penitencia tiene una con éstas hijas tan mayores!.. Pero á mí también me gustaba en mis tiempos la artillería!..)



—Buenos días, portera.

—Buenos, Manuela, ya tengo casa para tí, ahí abajo.

—Ya no me voy.

—¿Pues no estabas tan descontenta en casa de don Inacio?

—Sí, señora; pero eso era porque el señor y los señoritos estaban cesantes, y era la casa, como quien dice, un valle de lágrimas, y la comida andaba un poco escusa, y no parecía un alma por las puertas; pero ahora ya es otra cosa...

—Pues ¿qué ha pasado?

—Toma, que al señor le han colocado con 30.000 reales, porque dicen que es *sagastino*, y al señorito mayor con 20.000 porque es *raical*, ó cosa así, y, al menor, que es de *Morata*, ó no sé como le dicen, con 10.000, y va á venir un cuñado del amo que es *melitar* y le hacen no sé qué, y puede que al cabo que habla conmigo lo meta en una oficina. Ya vé V. que por la presente me conviene estar en la casa, porque puede que una saque alguna conveniencia, ó con el cabo que digo, ó con otro, porque ahora viene á casa mucha gente, y ordenanzas, y porteros del Ministerio, y guardias con *plegos*, y en la casa hay, vamos, hay animación, y se come bien, y la señora no *arrepára* en sí una pone más ó menos por las cosas que compra.

—Vaya, hija, me alegro.

—Muchas gracias, y en aquello que yo pueda...

—Mira, á ver si pudieras hacer algo por mi marido que está sin colocar, y tenemos tres chicos, y ya ves en qué disposición estoy otra vez.

—Mire V., puede que *haiga* otras cosas más dificultosas, como dijo el otro, porque estando una bien con los señoritos...

—Pues chica, que te acuerdes, que yo te lo agradecería, y en mi *probeza* te haría alguna expresión.

—Pues sí que me he de acordar, y si se puede, porque hoy por tí, y mañana por mí, y que á mí me gusta hacer un favor á *cualquiera*.



—Niña, es V. divina.

—¿Qué te dice ese jóven?

—Que soy divina.

—Díle que se retire.

—¿Por qué?...

—Porque así nos seguirá con más *fé*.

—Retírese V., caballero.

—Señorita, soy demasiado jóven para retirarme.

—¡Já, já!

—¿De que te ries, hija?

—De nada, mamá.

—¿Vive V. lejos, señorita?

—Mamá, me dice que sí vivo lejos.

—Díle que se retire otra vez.

—Retírese V. otra vez, caballero.

—No puedo retirarme otra vez, porque no me he retirado la primera.

—Verás, niña, como le digo yo donde vivimos.—¡Ay! hija, cada vez me parece que está más lejos nuestra

casa. Cuidado que hay camino de aquí á la calle del Pez.

—¡Ah! vive V. en la calle del Pez... En efecto, creo haber visto á V. en un balcon del 36.

—Del 78, querrá V. decir.

—Gracias, gracias, ya sé las señas del Cielo, que la casa donde V. habita debe ser el Cielo.

—¿Qué fino es, mamá!

—Sí, fino, hasta de cuerpo.

—Y se da un aire á Sagasta.

—Puede que sea hermano suyo.

—¡Ay! ¡ojalá! Y si Dios quisiera que encontraras tu media naranja, yo encontraría mi entera tranquilidad, y podrías llevarme á los baños á ver si se me quitaba este bulto.



—Don Matías, deme V. dos onzas de chocolate de á cinco, sin canela.

—¿Para qué más canela que la de V., salero?

—¡Jesús! que viejo este tan alegre... Vamos, que ahora estará V. contento con lo que hay.

—¿Con qué?

—Con que manden los que estaban cuando D. Amdo; porque como V. estaba tan entusiasmado con ellos...

—Pues ahora no me entusiasmo.

—Mire V. eso.

—Ya me he entusiasmado bastante el año 54, y el año 66, y el año 68 y el 69, y no me da la gana de entusiasmarme más.

—¿Se ha hecho V. realista, D. Matías?

—No, pero me he desengañado, y solo me entusiasman las mozas buenas como V., y las que me compran muchos garbanzos.

—¡Jesús!... pues si yo creí que iba V. á poner colgaduras y luminarias.

—Ya no pongo yo eso aunque venga el *Chacal* de Persia por esta calle y entre aquí á descansar.

—Oye tú, Marcela, si estará el hombre desengañado de las cosas de este mundo. Y digo, que era un liberal con fama en todo el barrio.

EL TIPO DE LA MUJER.

I.

¿CÓMO HA DE SER?

A TEODORO GUERRERO.

Aunque necesariamente de voluble has de tacharme, te confieso francamente que estoy pensando en casarme.

Más no creas que en seguida; porque en este asunto espero pensarlo... toda la vida, y al fin... quedarme soltero.

Así un sábio lo aconseja, y también algun marido, que cuando me habla me deja cada vez más convencido, de que es mi idea un tesoro y de que estoy en lo firme: ¡ay! ¡si supieras, Teodoro, qué cosas viene á decirme!

Confieso que hace unos dias tengo un fatal pensamiento: que al mirar tus alegrías no me explico lo que siento: que esa invariable ventura que gozas me deja absorto, y que hasta pienso en el cura que podría atarme corto.

De dicha nunca acabada todo un eden imagino, cuando la mujer soñada quiera salirme al camino.

Más, aunque en la buena senda voy á entrar para encontrarla, temo que caiga la venda de mis ojos, al hallarla.

Ignoro cómo ha de ser esa mujer singular, á quien tanto he de querer, que he de llevarla al altar.

Ignoro cómo se labra la dicha más duradera; ignoro, en una palabra, el *quid* de esa enredadera.

Ignoro si es el casado siempre un hombre respetable, ó si solo es el cuitado un editor responsable.

Sácame, pues, de este apuro, ya que es mi *ignorancia* suma;

dime tú lo más seguro, y vuelve á coger la pluma.

Mi duda de hoy es distinta, de la del *pleito* de antaño; y, aunque conozco la pinta de las mujeres de ogaño, bueno es que tú, por si pega, y alguna vez doy el paso, (esto es, por si el día llega en que te diga: «me caso» aguces tu ingenio ahora en pintar con claridad, el tipo de esa señora que dá la felicidad.

¿Cómo ha de ser la consorte que haga bueno el casamiento? ¿de qué ideas, de qué corte y de qué comportamiento?

¿Ha de ser alta ó chiquita?

¿Ha de ser rubia ó morena?

¿Ha de ser muy modestita ó gastar con poca pena?

¿Ha de tener madre viuda,

primitos y otros parientes,

ó no tener más ayuda

que sus manos y sus dientes?

¿Cómo ha de estar educada?

¿Ha de frecuentar salones?

¿Se ha de poner colorada

al oír declaraciones?

¿Ha de ser mujer de nieve

ó de fuego y pegajosa?

¿Ha de tener mano *breve*

ó mano muy dadivosa?

¿El tiempo ha de estar perdiendo

en balcones y ventanas,

ó se la ha de ver cosiendo

al través de sus persianas?

¿Ha de ser mujer que monta

y que presume de artista?

—Otra duda: ¿ha de ser tonta

ó se ha de perder de vista?

¿De carácter decidido

ha de ser y callejera,

y recogerse el vestido

aunque esté limpia la acera?

¿Ha de ser mujer que valsa?

¿Ha de entender de cocina

y prepararme una salsa

ó hacerme una gelatina?

¿Irá por casa hecha un *pingo*

y muy pintada en paseo,

y con tanto *rango-ringo*

que la siga el sexo feo?

¿Ha de ser aficionada

á novelas de á *cuartillo*,

y á desmayarse por nada...

sin hacer un dobladillo?

¿Ha de tirarme los trastos

y administrarme la renta,

ó no ha de tener más gastos

que los que yo le consienta?

¿Por si alguna vez la riño

habrá de moverme un cisma?

Y si tenemos un niño,

ha de criarlo ella misma?

¿Serán sus cartas melosas

y escritas con maestría,

ó ha de decirme las cosas

sin calor ni ortografía?

¿Ha de vivir muy de prisa

todas las noches bailando,

ó ha de salir solo á misa

y á *Apolo* de cuando en cuando?

¿He de ser su amor primero

ó ha de haber sido coqueta?

¿Habrá de tener dinero

ó estar sin una peseta?

¿Ha de ser jóven ó no?

¿Ha de ser delgada ó gruesa?

¿Ha de comer más que yo

cuando se siente á la mesa?

¿Ha de ser antojadiza

ó mujer poco mimada?

¿Habrá de llevar postiza

alguna cosa tapada?

En fin, no te canso más;

ya conoces mi intencion:

cuando contestes, podrás

añadir la coleccion;

y, (por supuesto, en la *hipó-*

tesis de que estoy variado)

decirme cuál es el tipo

de mujer más acabada.

Pero no cantes victoria

si tal cosa te pregunto,

ni borres de tu memoria

mi opinion en el asunto.

Porque si hoy saber deseo
¿cómo ha de ser la mujer?...
si me caso... lo preveo...
te diré: ¡¡¡Cómo ha de ser!!!

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid 5 de Enero de 1874.

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS.

Es indudable que ese gran centro de la civilización universal llamado París, encierra miles de cosas que demuestran á voz en grito sus adelantos y sus mejoras de todo género.

Cuando uno ve algo allí de lo que falta en otras partes, no puede menos de envidiar aquella fuerza creadora que acepta y practica sin reparar en obstáculos todo aquello que puede contribuir á embellecer la mansion del hombre sobre la tierra.

Confesamos que nos sentimos humillados al contemplar por esos mundos de Dios tal ó cual adelanto, que no ha sido con la velocidad del rayo trasladado á nuestra patria. Sensible es eso de que venga el vecino á desdenar cuanto nos pertenece, á reírse en nuestras barbas al ver que le recibimos en mangas de camisa, le ofrecemos un asiento tal que solo un gimnasta puede hacer uso de él sin medir las espaldas en el suelo, y le damos á beber, si la sed le asalta durante la visita, en una jarra de Alcorcon desportillada.

Y despues de todo, somos tan leales y bouachones que si el vecino cuenta la verdad de cuanto le ha ocurrido en nuestra casa, nos limitamos á deplorar nuestras faltas y á desear ponerlas remedio, porque al fin la verdad tiene sus fueros y toda persona honrada debe respetarlos, aun cuando sea á costa de su fama; pero nos subleva la calumnia, y ya que no paguemos en la misma moneda á nuestros detractores, queremos hoy publicar algunas de sus verdaderas faltas, recordando el antiguo refrán: *en todas partes cuecen habas.*

Para mucha parte de Europa, España es un país sumamente atrasado, gracias á las falsedades que de mala fe extienden por el mundo algunos escritores franceses. Aquí estamos todavía como en los tiempos de Mari-Castaña; las posadas, las ventas y los caminos están ni más ni menos como los pinta Cervantes. Aquí andan hoy las duquesas con los tabucos debajo del manto y su puñal en la liga, ensartando al primer amante que se atreva á mostrar algún hastío á sus misticos y empalagosos encantos. Las señoras de alto copete cantan y bailan amigablemente á las puertas de sus casas con los gitanos al son de los guitarreros y los panderetos. Las partidas de ladrones guisan el rancho en las plazas públicas de las grandes ciudades, y las autoridades de la provincia asisten con gran contento á sus francachelas.

Todo eso y mucho más han presenciado nuestros vecinos de allende el Pirineo, y claro es que cuando ellos lo escriben, es porque cuentan con que un gran número de lectores, ó casi todos, siendo franceses, han de creer á *piés puntillas* cuanto les mientan de los pobres y atrasados españoles.

Todo un Mr. Arago, siguiendo la moda de sus paisanos, dice en su *Viaje al rededor del mundo* que, al llegar á Canarias «se asombró de que su gobernador, el general Palafox, no supiese escribir, ni su secretario leer.» La falsedad comienza por suponer gobernador de aquel punto á quien jamás lo fué; en cuanto á lo demás, no necesita desmentirse.

Al patio de mi casa fué á parar la obra de Mr. Arago, pues cuando la cogí para cortar sus hojas, me dijo un amigo, que se hallaba presente, lo del insigne Palafox, y al escucharlo arrojé el libro por el aire, importandoseme un bledo de cuantos descubrimientos pueda referir el autor, y juzgando que si todos eran tan verídicos como los apuntados, bien pudiera monsieur Arago haberse evitado las molestias de su viaje y haberle hecho en el jardín zoológico de París, tomando por centro el departamento del oso.

No hace muchos días decía un periódico de París, que fué tan grande la victoria alcanzada por D. Carlos en Puente la Reina, que todo el campo quedó sembrado de gitanos. ¿Supone ese periodista que todos los españoles somos gitanos, ó que lo son todos nuestros soldados? Así escriben de nosotros nuestros vecinos. ¿Estaría bien, y diríamos verdad, si al hablar de la batalla de Bailén dijéramos que fué tan grande nuestra victoria que todo el campo quedó cubierto de embusteros ó de amoladores?

Digan francamente mis compatriotas si han visto jamás esos puñales colgados de las ligas, esas señoras de gorja con los gitanos, y esa siembra de los mismos en los campos de batalla.

Nosotros creemos que los tales escritores hubieran hecho un servicio á su patria no inventando patrañas para colgárselas á otros, sino refiriendo y censurando las faltas, los abusos, los defectos garrafales en que abundan los teatros de París, lo cual publica por el mundo el inconcebible atraso en que se encuentran.

No hablamos del arte de la declamación, porque en ese terreno nos complacemos en confesar que van delante de todas las naciones cultas, y es, porque los franceses son cómicos por excelencia, así en el mundo real como en el teatro.

Precisamente en el teatro, al cual pudiéramos llamar el termómetro que marca la civilización de cada pueblo, es donde nuestros vecinos nos dan una triste muestra de su incomparable atraso. Y estamos por creer, dada la desenfrenada pasión por los *francos*, que muestra la generalidad de los franceses, que prefieren pasar por atrasados con tal de que el sacrificio les valga algunos *monises*.

Cuanto han visitado aquel gran centro del cancan y de las entretenidas, vienen apestados de las mil molestias, vejaciones y estafas de que han sido víctimas en aquellos teatros.

La especie es tan extraña que para crearla tendrán que ponerla en cuarentena las personas que no lo hayan visto por sus propios ojos; pero les aseguramos

que no hablamos de broma, ni somos capaces de suponer lo que no es, ni aun en desquite de las absurdas fábulas con que nos zahieren los escritores aludidos.

El padre, marido ó hermano que, acompañado de sus hijas, mujer ó hermana, se presente en cualquiera de los teatros principales de París y compré sus butacas en la creencia de que va á ver la función en compañía de su familia, se lleva un solemne chasco, pues al querer penetrar en aquel departamento, le hacen saber que no se permite á las señoras estar en las butacas. ¡Cuidado que la idea es peregrina! ¿Qué comportamiento va á ser el de las señoras en aquel sitio? ¿Creen acaso los franceses que todas las señoras son españolas y han de tirar de las navajas y armar allí la de Dios es Cristo? Pero no; no debe de ser esta la causa de la incalificable prohibición; es que consideran altamente escandalosa la reunión de ambos sexos, allí á la vista de todo el mundo, á toda la luz de la lucerna: ¡qué escándalo! Si desea el espectador estar reunido con su mujer, ó con la del prójimo, sin que nadie lo sepa, allí tiene en el mismo teatro sus palcos con persianas, las cuales suelen permanecer cerradas durante toda la función, sin que el descuidado espectador pueda adivinar qué clase de gatuperio se está verificando á cencerros tapados y á dos dedos de sus narices.

¿Se concibe un teatro sin que tenga marcados sus asientos? ¿Se comprende que en ningún espectáculo se expendan mayor número de asientos que los que caben en cada departamento? Todo se concibe y todo se comprende en París, cuando se trata de mayores ganancias, aun cuando sea á costa del sacrificio del prójimo. ¿Cómo consienten las autoridades semejantes abusos, semejantes desórdenes, semejantes estafas?

Pero puede estar seguro el que llegue tarde á ocupar un asiento, que ha de salirle al paso algún quidam, que suele ser dependiente del mismo teatro, el cual, con superabundancia de cortesías, le hará saber que hay alguna persona dispuesta á cederle su puesto mediante unos cuantos francos que cambiarán de bolsillo.

Despues de pasar por esa carrera de baquetas, llega la víctima á ocupar su asiento; ¿cree por eso que le ha conquistado para toda la noche? Pues se equivoca; guárdese bien de salir á tomar el aire en algún entreacto, porque á un volver de cabeza encontrará su sitio ocupado por otro, que ha estado á la mira, acechando un descuido. Para que el asiento le pertenezca á uno durante toda la función, han discurrido en su inmenso saber nuestros vecinos un medio que no pondrían en práctica los marroquíes, aun cuando se les ocurriese. Consiste ese ingenioso medio en que cada espectador mientras abandona su asiento ha de dejar en él un objeto cualquiera, un guante, los gemelos, la torta de Belén, ó una jeringa si la encuentra á mano. ¡Ay del desdichado á quien se le haya olvidado semejante tontería, ya puede estar seguro de que no ocupará su lugar aunque lo reclame al mismo Poncio Pilato!

Otra sorpresa se lleva en aquellos teatros el español que cree haber entrado en un sitio decente y no en una plaza de toros, pues apenas descende el telón en los entreactos, oirá un guirigay horrible de voces que dan los vendedores de naranjas, bollos y otras mil cosas, los cuales van de aquí para allá, mitiéndose en todas partes y no dejando parar á nadie.

Pero la gran sorpresa se la lleva el espectador al oír los tres horripilantes y descomunales mazazos dados en el tablado para avisar al público que va á tocar la orquesta ó á subir el telón. Cuando oímos eso, preguntamos asombrados qué maza de Fraga era aquella que caía sobre nosotros, y al saber el objeto, nos echamos á reír á carcajadas, viéndonos trasportados á los tiempos primitivos.

Despues de aquel modo grosero, empleado en un teatro público para hacer saber algo á los espectadores, ya no nos hubiera extranado, al salir á la calle, encontrarnos de manos á boca á los escritores que nos calumnian, vestidos de beduinos, con sus jaiques, turbantes y espingardas, porque, á la verdad, nos creímos trasladados á Marruecos, y aun más atrás, porque en Marruecos habrán hecho algún adelanto en la materia, y emplearán, en lugar de la maza, el caracol ó el cuerno.

Tambien hemos visto en algunos teatros una cerca, ó doble empalizada, por donde, á manera de ovejas que van al redil, tiene que meterse el público para penetrar en el edificio. Y recuerdo que las del teatro del Odeon, que no es de los peores, estaban tan mugrientas y asquerosas que, más bien que á las puertas de un templo del arte, debieran estar en un establo.

Hemos respondido con verdades á las calumnias que se nos prodigan; somos en esto, como en todo, nobles y generosos. Aprovechémos los franceses de estos avisos y, si corrigen los abusos que dejamos apuntados, estén seguros de que les ha hecho un inmenso favor

MANUEL JUAN DIANA.

CASCABELES

¿Lo digo?...
¿Quiéren Vds. que lo diga?
¿Me lo dejan Vds. decir?...

Pues lo que digo es que ¿qué dirá D. Amadeo, el olvidado D. Amadeo, de este cambio de decoración?

De provincias recibe la mar de felicitaciones el duque de la Torre.

Cuidado que desde la revolución de Setiembre han felicitado los mismos señores á no sé cuantos Gobiernos distintos.

Eso es lo que tiene ocupar el poder; todo el mundo le felicita á uno, y en cuanto uno cae, en seguida felicitan al otro que sube.

A mí no me felicita nadie nunca, porque estoy viendo que me voy á quedar sin ser ministro. Pero

con eso tengo seguro que me lleven al Museo Arqueológico en concepto de ejemplar único.

Parece que desde el día 3, en obsequio á cierto poeta catalán, y para no desmentirle, todas las gacelas nacerán con plumas.

El *Almanaque de Gothe*, que es el almanaque diplomático, como si dijéramos, publica ya el matrimonio morganático del rey de Italia con una señora de la que tiene ya hijitos de 16 años.

Se conoce que el rey de Italia es un Cupido de lo más fino. ¡Y más morganático que un demonio!

Ya ha empezado *La Correspondencia* á soltar nombres de personas que quieren empleo.

Francamente, este afán de empleos es la mayor calamidad que agobia al pobre país.

A trabajar, caballeros, a trabajar, que eso hago yo y valgo tanto como Vds.

¿No podría el general Pavía disolver el inmenso grupo de los que quieren vivir sobre el país?

Pues señor, nadie se acuerda del ministro ultramarino que viene navegando desde la Habana, y viniendo por mar ha naufragado en tierra.

¡Y para ese viaje se gastó tanto dinero!

El nuevo gobernador de Madrid, Sr. Albareda, es muy buena persona y tiene la gracia de Dios. A mí me gusta este gobernador, y si fuera yo mujer, mejor querría conquistarle á él, que á Cartagena.

De este gobernador no hay que esperar que haga ningún desatino ni atropelle á nadie.

Me parece que no habrán quedado descontentos los suscritores del regalo que les hemos hecho del *Almanaque de la Ilustración*. A ver, que se presente otro mejor en España.

Advertimos que lo regalaremos á todos los suscritores nuevos por año.

Hace ocho días no había más unitario que García Ruiz. Ahora parece que este señor no habla con una persona que no lo sea.

¡Oh! ¡qué gran país!

La nueva situación se ha librado de una plumada de los periódicos carlistas y cantonales, pero no se librará de los pretendientes.

En cada nuevo cambio de situación en este país se advierte que aumenta considerablemente el número de los pretendientes.

Y este es uno de los males más graves y más incurables que aquejan al país.

Los periódicos carlistas y cantonales han sido suspendidos hasta cierto punto.

Me escamo.

Aquí van á partir al lucero del alba, menos á mí, porque andaré con piés de plomo.

Ahora el plomo es lo que priva.

El Sr. Sagasta, en el tiempo en que no ha sido ministro, ha perdido el tupé.

El que tiene tupé es el general Pavía.

Miren Vds., lo que es el director de *El Pueblo*, señor García Ruiz, tenía bien ganada la cartera. ¡Cuidado que le ha costado artículos al hombre!

Que sea para bien, y que haya salud, que le hace más falta que la cartera.

En Valladolid y en Zaragoza ha habido grandes desgracias en la lucha de paisanos y la tropa.

Cuándo acabarán estas luchas en este desventurado país?

¿Cuándo se convencerá el pobre pueblo del error funesto de sacrificarse por un partido?

Supongo que el ministro de Ultramar habrá enviado ya el saludo de ordenanza á nuestros hermanos de Cuba.

Y dirán estos:

—Otra vez empiezan los saludos, pero el cambio está al 95 por 100.

Hombre, á ver si se quita el sellito de cinco céntimos en las cartas y el de 10 en las libranzas y en los billetes de teatro.

Señor Pavía, haga V. el favor de decirlo, porque si V. lo dice se hará.

Señor Pavía, hágame V. el favor de decir que yo no tengo maldita la gana de ser miliciano, ni con arreglo ni sin arreglo á la ley. Si acaso lo seré honorario, sin uso de fusil ni de cartuchera, renunciando desde ahora todos los grados, honores, condecoraciones y premios de constancia.

En este número verán ustedes la jacarandosa poesía de Ricardo Sepúlveda citando de nuevo á la lid á Teodoro Guerrero para que le diga cuál es «El tipo de la mujer,» á fin de casarse; Guerrero contestará en el número próximo, y ya tienen ustedes armada la cuestión en que están afilando las armas los primeros de nuestros poetas *para casar bien* al intransigente Sepúlveda.

En este libro, que puede considerarse como una segunda parte del famoso «Pleito del matrimonio,» irán apareciendo, entre otros tipos, los siguientes:

«La mujer soñada,» «La gorda,» «La flaca,» «La de la aristocracia,» «La de la clase media,» «La del pueblo,» «La federal,» «La alta,» «La baja,» «La sosa,» «La rubia,» «La morena,» «La bonita,» «La fea,» «La graciosa,» «La rica,» «La pobre,» «La marisabidilla,» «La tonta,» etc.

Escoja cada poeta el tipo que más le guste, y vamos a completar esa galería ó exhibición de cuadros para convencer á un soltero.

El Director nuevo de Correos (director número 380.000) me dirige una circular en la que viene á decir que el servicio va á estar ahora al pelo. Todos los directores dicen lo mismo, y luego...

¡Ah! también me dice que puedo ir á su despacho cuando quiera.

Si no tiene V. más visitas que las mías, ¿qué solito va V. á estar, camará!

Ya se está dando el asalto; comenzó el 3 de Enero.

No crean Vds. que es el asalto á Cartagena: es el asalto á los destinos.

Pero señor, ¿cuánto holgazán y cuánto hambroñ hay en este país!

Vuelta á crear las Direcciones suprimidas. Hay tanta gente que pide...

Y yo sin pedir nada.

Por eso nunca me dan más que disgustos.

Los empleados del ministerio de Ultramar que están en Cuba con el ministro que fué allí á darse tono y á hacer que hacemos, se han apresurado á felicitar al nuevo ministro.



—No estes tan triste, hombre.

—Soy cantonal; no te digo más, hija.

—Pues mira, llévanos á cenar á mí y á las que han venido conmigo, y verás que canton armamos allí.

No sé como no se han venido por el cable.

Señores ministros, ¿quiéren Vds. librarse de pretendientes?

Pues es muy fácil; impongan ustedes á todo el que quiera empleo la obligación de ir antes dos meses á pelear contra los carlistas en la vanguardia, y á la vuelta se le dá la credencial.

Atiendan Vds. al golpe.

La república es el más perfecto sistema de gobierno. Es un partido que se compone de:

Republicanos federales.
Republicanos unitarios.
Republicanos cantonales y socialistas.

Republicanos internacionalistas.
Y republicanos que no son republicanos.

Y no cuento los republicanos de filigrana, como si dijéramos, porque de estos no hay más que uno, el amigo Castelar.

Pregunto.

¿Y Córdoba ha felicitado á Serrano?

¿Y Ruiz Zorrilla ha felicitado á Sagasta?

¿Cualquier día voy á querer yo ser diputado!

Digo, ¿para que me disuelvan!

Verdaderamente, despues de pasar la noche en vela, hablando, voceando, votando, de todas maneras, ser por la mañanita, con la fresca, disueltos por la guardia civil... francamente, eso no les sucede más que á los diputados.

Pero no se pueden quejar, los despidió La Iglesia.

Yo no entro ni salgo en estas cosas de ellos, pero siento que cada vez voy teniendo menos dinero.

Si yo tuviera dinero, crean Vds. que me hubieran divertido mucho los cambios que ha habido aquí desde la revolucion acá

À REAL LA LINEA.

ANUNCIOS.

À REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO premiada en la Exposicion de Viena

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

ILUSTRADA CON MUCHOS GRABADOS.

Una suscripcion por el año presente es el mejor regalo para un niño ó una niña.

La suscripcion por los tomos 9.º y 10 que se publicarán este año, cuestan 40 reales en Madrid y 50 en provincias.

Administracion, Plaza de Matute, 2, Madrid.

CUENTOS DE SALON

POR

GUERRERO Y FRONTAURA.

Se ha publicado el tomo 16 que contiene

DOCE MARIDOS

POR CARLOS FRONTAURA.

(Edición ilustrada con 28 viñetas.)

Se vende á 4 rs. en Madrid, y 5 rs. para provincias.

Diríjanse los pedidos á la Administracion, Plaza de Matute, 2.

FABRICA DE CORSES.

PLAZA DE CELENQUE, NÚM. 1.

Casa de gran crédito y numerosa clientela.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS

POR CASTELAR.

Doce tomos con retratos: á 5 rs. cada uno.

VIDA DE LORD BYRON, por el mismo. Un tomo con retrato 20 rs.

Administracion de EL CASCABEL. Plaza de Matute, 2.

LA PRIMERA EDAD

con preciosos figurines iluminados, y lindos juguetes.

Se admiten suscripciones á este precioso periódico á 22 rs. por año. Plaza de Matute, 2.

VERMOUHT DE SALLÉS

ÚNICO EN SU CLASE.

Especialidad para combatir las enfermedades del estómago, hígado é intestinos.

Premiado por el ilustre Colegio de farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en diferentes Exposiciones.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirujía, otras corporaciones científicas y profesores médicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast, Arenal, S; García Regalado, Mayor, 39; Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15.—Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Sallés por Barcelona. SANS.

COLEGIOS.

Desea colocarse en uno de Madrid para las asignaturas de la 2.ª enseñanza un joven próximo á licenciarse en la Facultad de Filosofía y letras. Plaza de la Cebada, núm. 11; cuarto tercero, de doce á tres, informarán.

UN JOVEN FRANCÉS DE BUENA FAMILIA, habiendo recibido una brillante educación, y poseyendo el idioma alemán, desea encontrar uno ó dos niños de buena familia para encargarse de su educación y enseñarles los idiomas francés y alemán, el dibujo y las matemáticas en casa de los padres, ó bien un empleo en una buena casa de comercio.

Escribir las proposiciones: Mr. A. Delpy. Poste Restante, en Bordeaux (Francia).

LOTERIA OFICIAL DE LA HABANA.

Un billete entero 400 rs.; vigésimo 20 rs.

Administracion de EL CASCABEL.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA 1874.

Contiene este magnífico Almanaque, lo siguiente: «Juicio del año,» por Frontaura; «Santoral completísimo,—1873—Revista del año;» «Recuerdos literarios,» por Ossorio; «In illo tempore,» por Sepúlveda; «La solterona,» por Guerrero; «El amor en el siglo XIX,» por Landaluce; «El oro,» por Centellas; «La hija de Jetté,» drama lírico, por Arnao; «Acuérdate,» por Lucrecio; «Recuerdos,» por Perez de Liébana; «La mujer,» por Bremon; Poesías de Ariza, Barrera, Príncipe, Arnao y Guerrero; «La Cubana,» por Flora; Pensamientos morales, políticos y sociales de Campoamor, Castelar, Fernández Guerra, Tamayo y Baus, Fernandez de la Hoz, Cortina, Flores, Rubi, Cánovas, Fernan-Caballero, Lafuente, Monlau, Trueba, Ochoa, Necedal, Breton, Silvela, Conde de S. Luis, Marqués de Molins, Rios y Rosas, Florentino Sanz, Cueto, Cañete, Ferrer del Rio, Hartzenbusch, Fernandez de los Rios y Aparisi y Guijarro; Calendario español de las letras, las ciencias y las artes en el siglo XIX, y una tanda de waleses.

Este Almanaque está magníficamente impreso y lleno de hermosos grabados.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias.

Se regala á los que se suscriban á EL CASCABEL por este año.

Madrid: Administracion de EL CASCABEL: Plaza de Matute, 2.

BARAJA GEOGRÁFICA

POR DON FRANCISCO LOPEZ FABRA.

Este precioso juego es muy útil para los niños.

Precio 12 reales.

Los suscritores á EL CASCABEL, LOS NIÑOS y á LA PRIMERA EDAD pueden obtenerlo por la mitad del precio.

Este sí que es bonito viaje.

VIAJE Á BÀBIA

POR

DON JUAN VALERO DE TORNOS

Folleto político y social con sus puntos y ribetes de reaccionario y aun de federal.

Se vende á 8 rs. en todas las librerías y en la Administracion de EL CASCABEL, á donde se dirijirán los pedidos de provincias.

TEATRO INFANTIL.

Tres comedias para niños, tituladas *El octavo mandamiento*, *La Cruz Roja* y *Una leccion de historia*, 4 rs. en Madrid y provincias. Diríjanse los pedidos á la Administracion de Los Niños, Plaza de Matute, 2.

IMPRENTA DEL CASCABEL.

Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).